
Un enfoque psicoanalítico

Ma. Antonieta Torres Arias

Hablar del amor en tiempos de democracia es admitir que se puede hablar de una historia del amor, es decir, que el modo como se aman dos seres depende en mucho de la época, del país y del medio al que pertenecen. En la actualidad nadie se bate a muerte por celos o infidelidad, el adulterio y el divorcio han cambiado de estatuto; el matrimonio, a diferencia de los siglos precedentes, se realiza por amor. Aunque para la mujer del siglo xx el amor signifique la libre elección de la pareja, algo que permanece invariable es que no pierde de vista una de las metas del matrimonio: poseer una casa y procrear familia. Cuando por una u otra razón no puede casarse, es raro que renuncie a una unión considerada por ella como la realización del amor.

Sin embargo, podemos pensar que si a algo ha llevado al hombre la cultura actual es a escindir cada vez más el amor del deseo. Se da culto al deseo de sí, a la mismidad, en todos los órdenes de discurso, lo que abre cada vez más la brecha entre el amor y la sexualidad y más contradictorio se muestra el concepto del amor. Problemática de la que no queda exento el discurso psicoanalítico.

Pero ¿cómo y desde dónde definir al amor? Es una cuestión que ha sido abordada por diversas disciplinas: la filosofía, la sociología, la historia, la poética y el psicoanálisis. Este último, desde Freud, trata de dar cuenta del amor como producto: por un lado, de la sublimación de la pulsión sexual, es decir que sería una pulsión de meta inhibida, desviada de su fin; el fin ya no es, entonces, la satisfacción sexual sino los sentimientos tiernos y amorosos. Por el otro, que la corriente tierna, a diferencia de la sensual, es la primera y más antigua y que se origina en la infancia, en los primeros años de vida y tiene por fundamento los intereses de la pulsión de autoconservación. Se apoya en las personas que cuidan con ternura al "infans", la cual no deja de poseer un carácter erótico.

Pero como consecuencia del dualismo pulsional, el amor está acompañado por su contrario: el odio, como producto de la pulsión de des-

trucción. Es así que de entrada se plantea que toda relación con una figura significativa para el sujeto es siempre y de entrada ambivalente con predominio de un sentimiento o de otro. No solamente se ama y se odia al mismo objeto, sino que es condición necesaria, dice Freud, que la escisión que se produce entre la corriente tierna y la sensual logre una conjunción hacia una persona para poder acceder a una vida amorosa apenas refinada. También nos dice que cuando ellos aman no desean y cuando desean no pueden amar; y añade: para ser en la vida amorosa verdaderamente libre y, por consiguiente, feliz, es preciso haber superado el respeto por la mujer y haberse familiarizado con la representación del incesto con la madre o la hermana. Para Freud, esta conjunción ideal de las dos corrientes es un imposible o, si llegara a cumplirse, lo haría de manera imperfecta pues el sujeto no renuncia tan fácilmente a los objetos infantiles investidos eróticamente durante la infancia.

En este mismo sentido el psicoanálisis contemporáneo, específicamente Lacan, plantea que la relación sexual no existe. Existe el acto sexual, pero no la relación sexual desde la subjetividad. Pero entendamos que la cópula sexual existe como necesidad de reproducción, de conservación de la especie; pero el sujeto hablante, desprendido para siempre del orden de la pura satisfacción de la necesidad, puede tener acceso al acto sexual que tiene otro sentido: la búsqueda de algo más allá de la simple descarga corporal, la búsqueda del goce fálico, y el encuentro con el Otro que le procure el goce. En otras palabras, lo que cada sujeto va a buscar en el acto sexual es algo imposible, prohibido, perdido para siempre desde su entrada en el mundo del lenguaje, porque el goce habla del Uno totalizador de la célula narcisismo-madre fálica.

Cuando un otro se constituye en la razón y causa de deseo de un sujeto, el acto sexual deja de ser la simple satisfacción de una necesidad, ya que ese otro de la satisfacción pasa a ser tanto o más importante que lo realmente necesitado. Es en este punto donde la necesidad se convierte en demanda y toda demanda es demanda de amor. Todo sujeto demanda del otro que sea la razón y causa de su deseo, es decir, lo que desea es el deseo del otro.

El punto donde la mujer y el hombre se encuentran es en la castración, como una dimensión omnipresente en las relaciones entre ambos, la castración —que evoca una falta— es el paso obligado al amor, ya que sólo se desea lo que no se es ni se tiene. Hay una barrera infranqueable que se levanta en la relación amorosa; teatro de una apuesta. Ambos se demandan algo: ella conocer la verdad de su propio sexo, la de esa au-

sencia que la ubica como incompleta en relación al hombre, buscando completarse con él. Demanda, por tanto, una respuesta que atribuye al hombre. El hombre le demanda a la mujer la verdad de los orígenes de su ser, a los que cree que ella tiene acceso. Es como si cada uno fuera depositario de un saber cuya posesión reclamara el otro.

Es en el juego del amor donde aparecen las promesas y donde uno y otro crearán que esos dos que son podrán hacer uno. Lo que de imposible hay en el acto sexual; lo que falta, se sustituye con el amor.

Cuando Lacan dice que el amor es “caridad”, “mujer”, indica que el rol del amor está designado como medio por el cual la muerte se une con el goce. La relación del cuerpo y de la muerte está articulada por el amor divino, de tal manera que haga, por un lado, que el cuerpo se convierta en muerte y, por el otro, que la muerte se convierta en cuerpo. Esto se realiza por medio del amor. Inversamente a este amor, está aquel que se define en el registro imaginario como señuelo, trampa u objeto de relleno y que no es más que una apariencia de éxito de haber alcanzado la realización del deseo.

Si el amor llega a ser, dice Lacan, el medio por el que la muerte se une al goce, el hombre a la mujer, el ser al saber, el amor no se define más que como falla. Postulado como tal, el amor descansa sin embargo en una relación que no alcanza a cumplirse plenamente.

La profundización de la distancia entre un hombre y una mujer hace que éstos sean irreconciliables; la relación heterosexual se apoya en un desconocimiento recíproco que los condena a estar exilados uno del otro. Por ello, justamente es en la heterosexualidad donde lo imaginario está más presente.

Marguerite Duras dice que la heterosexualidad es más peligrosa, es allí donde uno se siente tentado a alcanzar la dualidad perfecta del deseo. En la heterosexualidad no hay solución. El hombre y la mujer son irreconciliables, y es esta tentativa imposible y renovada en cada amor lo que le da su grandeza.

El muro que separa los sexos, hace del amor algo solitario, incomunicable. ¿Será de ahí la fascinación por las historias de amor, los grandes mitos como el de Tristán e Isolda, por la versión de las teorías?

Cabe preguntarse si los amores modernos son más triviales, si hoy en día no tenemos un discurso de amor porque nuestras relaciones se basan en la satisfacción narcisista y en la idealización. No se trata de establecer paralelismos entre determinada formación cultural y determinado drama individual, señala Julia Kristeva; sino de intentar —por

alusión y a distancia— abrir la experiencia amorosa del ser que habla a la compleja gama de su pasión imposible, incluidos el paraíso y el infierno. Sin negar el ideal, pero sin olvidar tampoco su precio.

Freud había pensado proponer como remedio al malestar en la cultura, la relación amorosa, pero renunció a ello porque pensaba que, aunque el amor procura el sentimiento oceánico del narcisismo colmado, nada hiere más que una ruptura amorosa que marca con heridas imborrables la imagen del ideal.

El psicoanálisis no tiene más que decir, sólo tal vez pueda intentar descifrar lo engañoso e imaginario del amor, de su imposibilidad. Sin embargo, a pesar de los cambios profundos que alejan al siglo XX de los precedentes, el amor triunfa allí justamente donde el narcisista se vacía y la civilización se pervierte.

